

Apuntes sobre Jesús y el cristianismo

¿Existió Jesús? ¿Qué sabemos actualmente de él?

José Manuel Barreda Arias

(Ilustraciones: Nuria Pazos Gómez)

Apuntes sobre Jesús y el cristianismo. Índice

| | | |
|----------|--|----------------|
| 1 | I. Introducción | Pág. 8 |
| | 1 Presentación | Pág. 10 |
| | 2 Hipótesis existentes | Pág. 12 |
| | 3 Enfoque de partida: ¿confesional o científico? | Pág. 14 |
| | 4 Cuestiones centrales | Pág. 17 |
| | 5 Plan de esta obra | Pág. 20 |
| | 6 Juicio de situación. | Pág. 21 |
| | 7 Limitaciones personales del autor | Pág. 24 |
| 2 | II. ¿Existió Jesús? ¿Qué Jesús? [A propósito de una obra de Puente Ojea. ¿Qué sabemos de Jesús? ¿Existen testigos de su vida? ¿En qué creían sus discípulos? ¿Y Pablo?] | Pág. 27 |
| | 1 ¿Existió Jesús? ¿Qué Jesús? A propósito de una obra de Puente Ojea | Pág. 29 |
| | 2 La versión paulina | Pág. 30 |
| | 3 Ideologías antagónicas | Pág. 33 |
| | 4 El Jesús de Pablo | Pág. 34 |
| | 5 Ideología, tradición y mito | Pág. 36 |
| | 6 Razones a favor de la existencia de Jesús | Pág. 40 |
| | 7 Argumentos <i>negacionistas</i> | Pág. 42 |
| | 8 ¿Hay o no pruebas ciertas de que existió Jesús? | Pág. 47 |
| | 8.1 Historiadores y citas: Flavio Josefo y Tácito | Pág. 47 |
| | 8.1.1 Primera cita de F. Josefo | Pág. 47 |
| | 8.1.2 Segunda cita de F. Josefo | Pág. 50 |
| | 8.1.3 La cita de Tácito | Pág. 54 |
| | 8.1.4 ¿Otros autores y citas? | Pág. 59 |
| | 8.2 ¿Una referencia talmúdica? | Pág. 60 |
| | 8.3 Otras pruebas extraevangélicas: la construcción de la tradición cristiana a partir de Jesús; la mera existencia de los judeocristianos | Pág. 62 |
| | 8.3.1 Los judeocristianos | Pág. 64 |
| | 8.3.1.1 Tres hipótesis | Pág. 65 |
| | 8.3.2 La versión confesional | Pág. 78 |
| | 8.3.3 El enfoque de Arthur Drews | Pág. 80 |
| | 8.4 ¿Pruebas arqueológicas? | Pág. 86 |
| | 9 Estado de la cuestión | Pág. 88 |
| 3 | III. Documentos y fuentes del cristianismo primitivo | Pág. 95 |
| | 1 Formación de los evangelios. Tradiciones orales, fuente Q y fuente biográfica | Pág. 97 |
| | 1.1 Tradiciones orales Vs. Cristo paulino | Pág. 97 |
| | 1.2 Fuente biográfica Vs. documento Q | Pág. 100 |
| | 1.3 ¿Una colección de <i>dichos</i> ? | Pág. 104 |
| | 2 Fechas de los escritos neotestamentarios | Pág. 108 |
| | 3 Reflexiones sobre algunos puntos oscuros | Pág. 117 |
| | 4 La historia <i>canónica</i> y su crítica moderada | Pág. 124 |
| | 5 Críticas negacionistas a dicha historia. Problemas de ambas propuestas | Pág. 128 |
| | 5.1 El evangelio de Juan | Pág. 132 |
| | 5.2 Cartas de Ignacio de Antioquía | Pág. 132 |
| | 6 Apologética. Arístides. Justino. Evolución del cristianismo en la primera mitad del siglo II. Desarrollo y encarnación del Logos | Pág. 142 |
| | 7 Marción | Pág. 151 |

| | | |
|---|---|-----------------|
| | IV. Jesús | Pág. 153 |
| 4 | 1 Jesús: vida y contexto, según varios autores | Pág. 155 |
| | 2 ¿Qué Jesús? | Pág. 163 |
| | 2.1 Un par de ejemplos extremos, a modo de ejercicio crítico | Pág. 165 |
| | 2.1.1 Lecciones | Pág. 169 |
| | 2.2 Conceptos evangélicos dominantes. Segundo ejercicio analítico-crítico | Pág. 171 |
| | 3 Mesianismo y mensaje mesiánico de Jesús | Pág. 173 |
| | 4 El mesianismo en los textos | Pág. 175 |
| | 5 Conclusiones provisionales | Pág. 180 |
| | 6 ¿Datos favorables al negacionismo? | Pág. 183 |
| | 7 ¿Por qué copiar tanto de otras fuentes? ¿Es que los autores evangélicos no disponían de la historia original? | Pág. 183 |
| | 7.1 Fuentes griegas y romanas | Pág. 184 |
| | 7.2 Fuentes egipcias | Pág. 187 |
| | 7.3 Fuentes alejandrinas y judías | Pág. 192 |
| | 7.4 Un par de dudas sobre coincidencias en dos obras tardías | Pág. 198 |
| | 7.5 Conclusión provisional | Pág. 201 |
| | 8 Interpolaciones evangélicas | Pág. 203 |
| | 8.1 A modo de clasificación | Pág. 208 |
| | 8.2 Interpolaciones divinizadoras | Pág. 208 |
| | 8.3 Interpolaciones carnalizadoras o antiseparacionistas | Pág. 215 |
| | 8.4 Interpolaciones soteriologizadoras y pro-resurrección | Pág. 216 |
| 8.5 Interpolaciones romanizadoras y humanizadoras de Jesús | Pág. 220 | |
| 8.6 Interpolaciones trinitarias | Pág. 220 | |
| 8.7 Interpolaciones promulgadoras de la supremacía de Pedro | Pág. 220 | |
| 8.8 Interpolaciones justificadoras del retraso de la <i>Parusía</i> | Pág. 222 | |
| 8.9 Otras interpolaciones y cambios más o menos significativos | Pág. 223 | |
| 8.10 ¿Interpolaciones y falsificaciones masivas hasta el siglo IV? | Pág. 224 | |
| 9 Conclusiones provisionales | Pág. 226 | |
| | V. Pablo y sus iglesias | Pág. 231 |
| 5 | 1 Preguntas pertinentes e historia canónica | Pág. 233 |
| | 2 El enigmático Pablo | Pág. 235 |
| | 3 Dilemas a esclarecer | Pág. 241 |
| | 3.1 ¿Habla Pablo de Jesús de Nazaret? | Pág. 241 |
| | 3.2 Credo paulino y Cristo crucificado | Pág. 250 |
| | 3.3 La conversión y experiencias místicas de Pablo y los líderes de las iglesias cristianas | Pág. 254 |
| | 3.4 ¿Se relaciona Pablo con apóstoles que conocieron al Jesús histórico y fueron sus discípulos? | Pág. 257 |
| | 4 Pablo: ¿culpable o inocente? | Pág. 260 |
| | 5 Dudas sobre la existencia de Pablo | Pág. 262 |
| 6 Eucaristía | Pág. 264 | |
| 7 Evolución neotestamentaria de Jesús | Pág. 267 | |
| 8 Evolución del mesianismo judío hasta el evangélico, según Fau | Pág. 268 | |
| 9 Mesianismo | Pág. 271 | |

| | | |
|----------|--|-----------------|
| 6 | VI. Evolución del cristianismo según los negacionistas (y su contradicción) | Pág. 273 |
| | 1 La aparición de Jesús en los textos, según los negacionistas. Su crítica | Pág. 275 |
| | 1.1 Primera versión: el protognosticismo de Pablo y Marción | Pág. 275 |
| | 1.2 ¿Sabemos algo con claridad? ¿Qué había antes de Marción? | Pág. 278 |
| | 1.3 Respuestas a agradecer | Pág. 282 |
| | 2 Confluencia de credos en el mundo grecorromano | Pág. 287 |
| | 3 Earl Doherty | Pág. 290 |
| | 4 Luigi Cascioli | Pág. 300 |
| | 5 Fernando Klein | Pág. 303 |
| | 5.1 Síntesis de Klein sobre el Jesús histórico y el desarrollo del cristianismo | Pág. 306 |
| | 6 Conclusiones provisionales | Pág. 325 |
| 7 | VII. Hipótesis atrevidas: Fernando Conde Torrens, Luigi Cascioli, Robert H. Eisenmann y F. Carotta | Pág. 327 |
| | 1 Fernando Conde Torrens | Pág. 329 |
| | 2 Luigi Cascioli | Pág. 336 |
| | 2.1 Juan de Gamala. Una guerra dinástica apoyada por zelotes. | Pág. 337 |
| | 2.2 ¿Son los apóstoles de los evangelios canónicos y de Hechos los mismos integrantes de la banda zelote de “los Bonaerges” de Juan de Gamala? | Pág. 345 |
| | 2.3 Demostración de identidades, según Cascioli | Pág. 348 |
| | 2.4 El ambiente revolucionario | Pág. 351 |
| | 2.5 Rastros de burda falsificación en la traducción o transcripción de diversos calificativos evangélicos de personas y lugares | Pág. 352 |
| | 2.5.1 La ciudad de Jesús | Pág. 357 |
| | 2.6 Conclusión | Pág. 359 |
| | 3 La hipótesis de Robert H. Eisenmann sobre una supuesta referencia al judeocristianismo y a Pablo de Tarso en los rollos del mar Muerto. | Pág. 361 |
| | 4 Francesco Carotta | Pág. 365 |
| 8 | VIII. Resumen de las hipótesis planteadas y lecciones personales de este estudio | Pág. 375 |
| | 1 Resumen de las hipótesis planteadas | Pág. 377 |
| | 2 Lecciones personales de este estudio | Pág. 380 |
| | 2.1 Primera lección: lo posible | Pág. 380 |
| | 2.2 Segunda lección: posiciones encontradas | Pág. 382 |
| | 2.3 Tercera lección: un debate aún candente: ¿un mesías diferente? | Pág. 384 |
| | 3 Conclusiones personales | Pág. 385 |
| | 3.1 Olvidos varios | Pág. 387 |
| | 3.2 Purificación del templo | Pág. 388 |
| | 3.4 Ética y amor a Dios y al prójimo | Pág. 392 |
| | Bibliografía | Pág. 397 |
| | Índice temático y autores citados | Pág. 403 |

Apuntes sobre Jesús y el cristianismo

I. Introducción



I. Introducción

1. Presentación.

Esta obra pretende dar una respuesta seria y actualizada a la pregunta “¿qué sabemos de Jesús?” Se trata de resumir y divulgar lo que se sabe, y lo que se discute, sobre un personaje, probablemente histórico, que hasta hace unos siglos era exclusivamente entendido como una deidad (o “persona” de Dios) que decidió “encarnarse” y vivir como hombre durante un corto período de la Antigüedad clásica, inaugurando la *Era Común* de la cronología histórica.

Pero al estudioso le interesan *los hechos*, y hoy podemos decir que el análisis metodológicamente científico (histórico, filológico, crítica de textos, análisis comparativo...) ha llevado a consensos básicos de una clara mayoría de investigadores independientes que gozan de un alto reconocimiento internacional en los círculos académicos propios de los estudios universitarios.

Unos pocos autores, discrepando de la mayoría, consideran que el personaje es meramente mítico. Esto es, que no existió, pese a los aparentemente numerosos datos (si bien parcialmente contradictorios) y a la existencia de estudios esclarecedores acerca de su recorrido, personalidad, ideología, misión y *lógica histórica*. Pero son mayoría los estudiosos (filólogos, historiadores y analistas independientes) que consideran suficientemente demostrado que Jesús existió. O, al menos, hallan su existencia más probable que la tesis que propone la divinización de un personaje ficticio, que consideran más difícil de justificar, a tenor de los indicios disponibles y hechos conocidos.

Un tercer grupo es confesional, y considera que el personaje no es abordable por los métodos científicos aplicables a otros casos. Podría, a lo sumo, tomarse como modelo; o ser fuente de inspiración, acaso derivada de sentir su presencia actual en un sentido metacientífico. Esta obra pretende ser de divulgación científico-histórica, por lo que se moverá entre los dos primeros grupos; informando sobre las tesis de estudiosos independientes y críticos.

En general, los estudiosos distinguen -en su respuesta- con claridad entre *el mito* (la leyenda o divinización) y el hombre o personaje concreto que hubo de existir o no (el profeta o maestro que llegó a sentirse *mesías*). Pero una minoría de ellos niega la existencia de ambos. Nos detendremos a analizar sus razones, que no han perdido fuerza en las últimas décadas. En cualquier caso, la mayoría de los investigadores y profesores de primer orden considera

plausible la existencia de Jesús en el seno de un contexto sociopolítico en que se dio, realmente, la respuesta mesiánico-escatológica de inspiración profética de la que Jesús habría sido un representante.

Mucho de cuanto han descubierto los estudiosos ha sido admitido por la generalidad de los autores confesionales y por la propia Iglesia. Así, las fechas de redacción de los evangelios, la existencia de varias etapas redaccionales en ciertos documentos, la autoría postpaulina de algunas epístolas, e incluso la inmensa mayoría de las *interpolaciones*¹ que, en la medida en que han sido descubiertas, se han desechado de las nuevas versiones neotestamentarias².

No obstante lo anterior, el imaginario popular sigue entendiendo que Jesús fue considerado *Dios* por sus propios discípulos o seguidores directos; y que fundó una nueva religión; o hasta dispuso su jerarquización apartada del judaísmo, imponiendo un primer jefe. Nada de esto es cierto. Y el hombre de la calle tiene derecho a enterarse de ello, en tanto le interese hacerlo.

Jesús parece constituir un caso único. Por un lado, suele considerarse un *mesías pacifista* al que habrían secundado algunos *zelotes* en pleno siglo I (aún más llamativo, llega a proponerse que habría sido *un judío divinizado* por sus propios seguidores, tan judíos como él mismo). Por otro, entendemos que otros dioses equivalentes (Orfeo, Attis, Krisna, Apolo, Esculapio, Dionisos, Osiris, Horus, Serapis...) son ilusorios, *no históricos*. Esto es, no habrían tenido existencia real: ninguna tradición continuada nos remonta hasta ellos, y no concebimos que se hayan encarnado en verdad (históricamente) alguna vez. Por el contrario, las personas que han fundado religiones o sistemas filosóficos fecundos (Zoroastro, Buda, Laotsé, Confucio, Pitágoras, Platón, Mahoma...) no han sido divinizadas (o eso creemos, ya que *popularmente* se ha producido una clara sacralización y culto o cuasi divinización de varios de ellos). Existen algunos casos intermedios, peculiarmente grecorromanos, en especial durante la época imperial (el mundo helenístico hizo que ciertas concepciones y usos

¹ Esto es, las modificaciones textuales (cambios, añadidos, supresiones) realizadas por copistas a fin de adaptar un texto a sus propias preferencias ideológicas.

² Estas se publican con carácter anual o bienal, a partir de las conclusiones de estudios serios (comparativos de manuscritos), frecuentemente emprendidos en Alemania, cuyo resultado resume en el apartado IV.4.8 de este libro.

orientales se generalizaran); pero, en principio, parece pertinente la pregunta: ¿qué tiene Jesús de especial? ¿Qué facetas importantes, o necesarias, logra conjugar su persona, o bien sus –ya lejanos- seguidores y predicadores más exitosos? ¿Cómo se ha desarrollado la creencia actual, básicamente la de la facción triunfante desde el siglo IV hasta el XIX y, en cierto modo, hasta hoy?

Desde el siglo XVIII algunos estudiosos (intelectuales, librepensadores, arqueólogos, teólogos, historiadores, exégetas y filólogos) emprenden un estudio de Jesús, a partir de la crítica textual y de la historiografía implicada. Hasta entonces el debate fue imposible, pues no sólo carecía de base, sino que atreverse a criticar la divinidad o la “perfección humana” de Jesús era arriesgarse a merecer la pira y la ruina familiar. Ni siquiera la obra crítica sobrevivía. Todas las que pudieron serlo, por clásicas o añejas que fueran, fueron eliminadas, aunque algunas hayan podido reconstruirse parcialmente a partir de las citas de sus críticos (denostadores) cristianos. Hasta el siglo XVI estuvo prohibida la traducción de los textos bíblicos a cualquier lengua vernácula (esto es, a la que pudieran leer y entender los habitantes de cualquier país). Y, para limitar la difusibilidad de obras publicadas en países que se fueron librando de su tutela, la Iglesia católica (o curia vaticana) editó un “Índice de libros prohibidos” que incluía casi todo lo importante que la modernidad o la Ilustración produjeron, incluyendo la enciclopedia Larousse. En este marco, vigente hasta hace muy pocos siglos, ¿cabe entender que muy pocos pudieron dudar de la existencia de Jesús o, si quiera, hacerse una imagen verosímil del personaje histórico que éste pudo o debió ser?

2. Hipótesis existentes.

¿Quiere ello decir que los estudiosos independientes (no sectarios) se han puesto de acuerdo en la respuesta a nuestra pregunta inicial? En buena medida, sí. Digamos que nuestros principales estudiosos de nivel académico se situarían en el punto tres de la siguiente lista, que trata de resumir los cinco puntos de vista posibles, si bien algunos (una minoría) lo hacen en el primero. Por supuesto, los autores confesionales estarían en el quinto; aunque, a la hora de expresarse seria y públicamente, prefieren mostrarse en el cuarto.

1. *Jesús no existió.* No hay prueba alguna, cita de cualquier fuente del siglo I, relato de testigo directo que haya conocido a Jesús y nos cuente algo de él. No

disponemos de una referencia continuada que nos lleve hasta un personaje concreto y creíble cuya tradición se inicie en el siglo I. Posición *negacionista*.

II. Jesús es un personaje que pudo existir, pero *el que nos llega refleja otra biografía* acuñada en un relato evangélico más primitivo que habría sido suplantado por los evangelios cristianos que conocemos (o su primera versión). Esta biografía podría corresponderse con la de Julio César, mediante “transposición diegética”, o con la de otro personaje, como Juan de Gamala.

III. Jesús fue un hombre real: *existió* y nos es *históricamente reconstruible* y más o menos verificable su existencia; o al menos ésta, con los datos disponibles, nos resulta más defendible que su inexistencia.

Este hombre pudo ser un rabbí (Maestro) judío, más bien de la escuela farisea, o/y un candidato mesiánico, probablemente de origen galileo que, aun siendo quizá escasamente combativo (este punto genera un apasionado debate), fue juzgado y murió ejecutado por un tribunal romano que lo halló culpable del delito de sedición. Los evangelios canónicos nos cuentan buena parte de la verdad, si bien constituyen una obra parcial (partidaria, confesional, no histórica), relativamente tardía (elaborada entre el último tercio del primer siglo y comienzos del segundo, transcurridos entre 40 y 80 años de la muerte de Jesús) y compleja. Esto último porque en la literatura que nos llega se mezclan tradiciones diversas, tanto *cuasi* históricas como míticas (incluso comunes a las propias de las *religiones místicas* del ámbito grecorromano y siro-egipcio, o al *gnosticismo* sirio o alejandrino) y *cultuales*. Es la posición dominante entre los estudiosos, que denominaré *historicista*.

IV. Jesús fue un Maestro sabio, *un hombre perfecto*. Un modelo especialmente válido para orientar nuestra conducta moral. Su estudio crítico ha de ser emprendido con mucha reserva y un alto grado de humildad, ya que el estudioso debe entenderse moralmente inferior al sujeto objeto de estudio, cuando se trata de Jesús. No sólo por ser alguien santo y objeto de adoración a nivel mundial, sino por ser promotor y agente de bondad y de paz interior como ningún otro en la historia. Posición *cristiana* (o confesional moderada).

V. Jesús fue realmente la encarnación de *Dios*. No sólo un personaje sin tacha sino, el propio Dios encarnado. El único Dios (en su expresión de “Hijo de Dios”) preexistente al mundo, nuestro Creador, que decidió encarnarse para nuestra redención; realizando el *sacrificio vicario* y expiatorio que ésta requería.

“Salvación” que otros dioses y cultos prometían y que constituía la meta obsesiva del mundo helenístico (después del egipcio, del persa y del siro-frigio) desde el siglo II AEC³ hasta Constantino. Tal era la promesa, el mito ubicuo, y el papel esencial asignado a las demás deidades “salvíficas” (o “soteriológicas”) propias de los cultos místicos. Posición explícitamente *confesional* o sectaria.

Para los representantes de este último grupo, lo importante es la religión. Podría ser el tema de un libro como éste... *Re-ligatio*: la esperanza ultramundana capaz de dar sentido y “aunar” personas. La experiencia interior, o de vivencia fraterna y constructora de identidad cultural. Incluso la *certidumbre* que suele serle inherente a este enfoque, de lidiar con la “Verdad” suprema. Pero este trabajo, sin restar méritos a otros métodos ni enfoques, se alinea con la ciencia histórica y el análisis crítico, realizado con pretensiones de objetividad. Me explicaré en el próximo punto.

3. Enfoque de partida: ¿confesional o científico?

Para los representantes del quinto grupo, y en buena medida para los del cuarto, hay que racionalizar; esto es, restringir el pensamiento para someterlo a un prejuicio. De modo que, si una tradición egipcia redundante precede en tres milenios al “Cristo” paulino que muere y resucita por nuestra salvación; si el mito de Moisés o el de la matanza de los inocentes, viene antecedido por leyendas idénticas, referidas al rey Sargón de Acad u otros héroes legendarios (o dioses); si halláramos que en el norte de África existieron seguidores de *Cristo* (*crístianos*, pues) que no sabían nada de Jesús (quedando así desligado su título de cualquier personaje histórico); incluso si halláramos eucaristías de orígenes egipcio o persa, podemos: i) indagar estas inquietantes similitudes, que despiertan nuestro asombro y espolean nuestra curiosidad y ganas de

³ Era Común (EC o **e. c.**) y Antes de la Era Común (AEC o **a. e. c.**) son nombres alternativos para referirse a los términos “*después de Cristo*” (d.C.) (en latín “*Anno Domini*”) y “*antes de Cristo*” (a.C.). Estas designaciones son usadas por algunas personas y científicos debido a su neutralidad puesto que los términos AC y DC denotan un matiz religioso. En algunas ocasiones, en lugar de EC se puede encontrar la abreviación *e. v.* (en latín, *era vulgaris*: ‘era común’). En arqueología suele utilizarse la denominación “*Antes del Presente*” (AP) que por convención se refiere al año 1950. (http://es.wikipedia.org/wiki/Era_Común.)

En el presente ensayo sólo reproduciré las siglas “a.C.” y “d.C.” cuando figuren en otros originales que reproduzca literalmente. Práctica que extenderé a las variaciones nominales que se den en las citas textuales (Pilato/Pilatos, Anano/Ananías, Nazaret/Nazareth...).

conocer más (tal es la actitud científica: conocer, analizar, explicar, comprobar el cumplimiento de una predicción hipotética, refutar...); o, por el contrario, ii) reafirmarnos en nuestra certidumbre, negándonos a indagar ni refutar nada, cerrando nuestro entendimiento para protegernos de cualquier posible *engaño demoníaco*, convencidos de militar casualmente, por razón de nacimiento, en la *Verdad* absoluta, culturalmente transmitida.

Esta última es la postura sectaria y anticientífica, que parece ser más común en el grupo confesional. Para quien no quiera conocer la realidad o tema *aprender*, ninguna coincidencia llamativa significará nunca nada, por muchas preguntas que suscite o explicaciones que clame. Tal prejuicio de partida aleja a sus tenedores de cualquier Jesús histórico posible. Porque hoy vamos conociendo no sólo en qué ambiente habría vivido Jesús, sino lo que jamás pudo decir y los problemas y vicisitudes que probablemente hubo de afrontar. Y éstos sí que son los temas de este libro. Añádanse las visiones y enfoques posibles del Jesús histórico y su santificación y divinización, y la evolución del cristianismo y sus razones históricas. Sin olvidar lo primero: debatir si Jesús existió o pudo ser una invención; o si nos hallamos en una situación intermedia: un personaje parcial, o casi totalmente “inventado”, sobre una base real, referida a un hombre histórico crecientemente elucidable.

Espero se entienda que esta actitud buscadora, que quiere conocer y acercarse sin temor a *la máxima verdad* posible, es genuinamente *científica*. Y hoy vive un momento privilegiado: las preguntas esenciales que Vd. pueda hacerse van teniendo una respuesta crecientemente fundada y satisfactoria. No en vano se nutre del trabajo de muchas personas que han dedicado su vida a indagarlas.

Según la versión confesional e idealizada, los evangelios cuentan la historia, esencialmente verídica, de Jesús; a la que añade la tradición aportada por Pablo, que conocieron y perpetuaron las *primeras comunidades* cristianas, los *primeros padres* y los *apologetas* cristianos. La historia evangélica habría surgido de una vez, y reproduciría las palabras de Jesús, que habrían oído sus discípulos y registrado en su memoria testigos directos, siendo perpetuadas con bastante fiabilidad. Esto dista de ser así, como veremos. En cualquier caso, la versión confesional puede ir más allá y, en base a lo anterior, considerar no cuestionable: que Jesús es Dios encarnado, además de un ser

humano que nació en una localidad galilea, predicó el *Reino de Dios* y se hizo de seguidores incondicionales que lo acompañaron durante su recorrido y testimoniaron el significado de su muerte y resurrección. Estos seguidores podrían haberlo malinterpretado en un principio, aunque dejaron casa, trabajo y familia por seguirlo, pero finalmente experimentaron al unísono una milagrosa iluminación de su entendimiento, sólo unas semanas después de la crucifixión. Aunque ésta representara un aparente fracaso de Jesús como Mesías, y fuera motivo de cierta confusión y dispersión inicial de sus seguidores en general, terminaría cobrando un *significado salvífico* y sería, a la postre, la auténtica "*Buena Nueva*". El "*Reino*" predicado por Jesús, en realidad no era de este mundo. Los juzgadores romanos se equivocaron tanto como los discípulos, porque Jesús no se hizo entender bien. En cierto modo, jugó en su contra el que viviera en el más inapropiado de los momentos históricos: ni judíos, ni romanos, podían entender de otro modo los términos profético-escatológicos utilizados por Jesús (y, lo que a menudo se ignora, no siendo irrelevante, por tantos otros candidatos al trono, antes y después de él). Pero, de nuevo, la inmensa mayoría de estas suposiciones (aun dejando aparte los asuntos teológicos, ajenos a cualquier debate científico) no se sostiene: por lo que sabemos, ningún judío palestino confundió a Jesús con el Dios único.

Para los partidarios del enfoque confesional y divinizador, reseñado *supra* como V, los evangelios son fiables incluso cuando nos hablan de *milagros* o nos cuentan la *Resurrección* y *Ascensión* a los cielos de Jesús, siendo irrelevante si esos milagros son o no racionalmente creíbles, o si repiten textualmente los de otros dioses o relatos previos. Sus principales discípulos se habrían convertido, de hecho, en predicadores (apóstoles) de una nueva religión, acaso fundada por el propio Jesús: el cristianismo. Algunos de ellos habrían escrito nuestros actuales evangelios, por lo que la tradición de que disponemos sería continuada y creíble, y se remontaría al propio Jesús y sus seguidores originales. A los que se sumaría precozmente san Pablo, que habría mantenido un contacto inspirado con el propio Jesús resucitado.

El estudio científico, analítico, pluridisciplinar, perfectible, bien informado, emprendido por especialistas en diversas materias, tolerante de la crítica y amigo del debate profundo, etc., lleva a conclusiones muy distintas de las que esta posición, hoy poco defendible, hubiera preferido. En cierto modo, es

precisamente el punto de vista de los partidarios de las hipótesis IV y V el que se ha visto contradicho o superado por el análisis crítico. Tanto es así que algunos pensadores transcendentalistas han abandonado cualquier debate digno de tal nombre para militar en *la Verdad* supracientífica. Les queda ese refugio metalingüístico (y teológico) de la “Verdad” transcendental, incuestionable aunque no verificable, en que residen las “verdaderas” ideas platónicas y el (por definición) inaccesible *noúmeno* kantiano. Como señalé, esta obra se nutre del quehacer opuesto, la ciencia (método, hacer y juicio), que se opone a la preconvicción y al prejuicio.

Las hipótesis con vocación científica, esencialmente las tres primeras, consideran que el relato evangélico⁴ incluye, además del personaje, datos procedentes de otras fuentes (autorías y momentos); comenzando por el aporte de los propios evangelistas, en todos los casos personas anónimas que no conocieron personalmente a Jesús y escribieron en lengua griega, inspirándose en obras preexistentes (de las que copian con cierta literalidad). En especial, se habrían aditado “dichos” o sentencias morales [*logia*] de diversa procedencia, de ámbito tanto judío como griego. Me referiré más detenidamente a esto.

4. Cuestiones centrales.

Hemos de abordar las cuestiones planteadas: ¿Existió Jesús? ¿Qué sabemos actualmente de él?

La primera cuestión parece tener una respuesta fácil: rápida, clara y contundente, en sentido afirmativo. ¿No sabemos de sobra que existió Jesús de Nazaret? Sabemos dónde nació, cómo y dónde murió, qué hizo entretanto (en su “vida pública”), con quiénes se relacionó... ¿Es que no le basta al estudioso común, por crítico que fuere? Pues no del todo... Faltan apoyos a la tesis, referencias de personas independientes (historiadores y autores no confesionales) y sobran contradicciones, incoherencias, inexactitudes, adaptaciones imposibles e invenciones⁵. Hemos de responder, pues, a la cuestión existencia probable, con argumentos que la apoyen. La inmensa

⁴ Tal suele ser el término empleado para referir una hipotética síntesis unitaria de los cuatro relatos canónicos: un empeño difícil de acometer, sólo mental y superficialmente afrontable.

⁵ Esto es, sobran “mentiras” comprobadas, piadosas o no.

mayoría de los estudiosos responde de un modo afirmativo; veremos por qué y qué les responden los *negacionistas* para mantener su postura, pues este debate nos enseñará buena parte de lo que resulta esencial en lo que atañe a la presente obra.

La cuestión *existencia* se la toman más en serio, en general, los estudiosos versados que el hombre de la calle, porque las pruebas de existencia de Jesús no son tantas ni tan obvias: requieren formación e inmersión en el tema. Pero su respuesta mayoritaria coincide, en fin, con la impresión inicial –y afirmativa– del lego. Por mi parte, sostengo que no es tan esencial esta coincidencia factual, acaso anecdótica, como el hallazgo de razones de cierto peso en uno u otro sentido. Presentaré las argumentaciones de modo que Vd. pueda alinearse en cualquiera de ellas y seguir leyendo sin mayor problema. Los *negacionistas* han crecido, de hecho, en número desde el siglo XVIII, incluyendo estudiosos de cierta talla⁶ cuya argumentación merece ser considerada. Sus tesis pueden resumirse sin mucha dificultad y, aunque presentan algunos puntos débiles, las tesis *historicistas* no dejan de tener los suyos propios, según veremos⁷.

La segunda cuestión, “¿qué sabemos actualmente de Jesús?”, requeriría teóricamente una respuesta positiva a la primera. Pero este trabajo se pretende esencialmente objetivo y esclarecedor de posturas. El caso es que, aunque la

⁶ Como Bruno Bauer, John Mackinnon Robertson, Arthur Drews, Guy Fau, George Albert Wells, Prosper Alfaric, Paul Luis Couchoud, Thomas Freke, Peter Gandy y Earl Doherty.

⁷ Entre ambos se hallaría un grupo intermedio, bastante escaso que considero “*cuasi negacionista*”, constituido por quienes vienen a afirmar que no podemos saber nada de Jesús. Suelen admitir su existencia pero nada más. Sostienen que *no podemos saber nada* cierto acerca de él (qué hizo, qué dijo, etc.), aunque en algún caso se propone como cierto algo tan concreto como que realmente murió crucificado. Su personaje deviene esencialmente literario e indefinido. Pero, sobre todo, no explica nada acerca de la peculiar evolución del cristianismo: crucificados hubo muchos, y dioses también. Pertenerían a este grupo, entre otros, Alfred Loisy y Charles Guignevvert. Dudo si colocar en este apartado o directamente en el *negacionista* a Robert M. Price.

respuesta a la primera no sea tan definitiva⁸, resulta muy pertinente precisar qué razones (derivadas de los resultados de la investigación histórico-científica) han llevado a los principales estudiosos críticos e independientes (incluyendo a casi todos los más reconocidos a nivel mundial) a afirmar la verosimilitud histórica del personaje “Jesús”, básicamente referido en los evangelios⁹. Adelanto que no se quedan en ello, sino que aportan datos y pasan a distinguir, además de estratos, tradiciones e interpolaciones. Su labor dirime qué afirmaciones y versículos evangélicos son primitivos y verosímilmente atribuibles (con bastante probabilidad y cierto grado de error) al Jesús histórico, y cuáles otros constituyen falsificaciones o añadidos, bien por parte del propio evangelista, bien más tardíos (realizados por algún copista). Incluso si se trata de errores involuntarios o de correcciones doctrinales (esencialmente antiheréticas: constructoras de doctrina oficial o/y combatidoras o mitigadoras de escritos críticos y doctrinas rivales).

El resultado final parece llevarnos a un personaje histórico verosímil, cuya personalidad, creencias, pretensiones y recorrido vital, podríamos reconstruir (más o menos aproximadamente). Esta posibilidad de reconstrucción histórica la entendemos, habitualmente, extensible también a Pablo, y a los inicios de la religión cristiana.

La paradoja de los intentos confesionales de salvar al Jesús divino, es que la única vía para hacerlo es la anticientífica. Pero pretender una ignorancia activa de la *humanidad* de Jesús para centrarse en su divinidad, o aun ignorar las frases más chocantes presentes en los evangelios (esto es, “hacer como si no estuvieran”) es ir contra el Jesús posible. Obviar la práctica totalidad de lo que pudo ser y vivir, y decir y hacer, el personaje cuyo estudio nos ocupa. Nos

⁸ Cualquier postura debe ser racional e informada, y pretenderse objetiva. Los autores científicos llegan a sus conclusiones tras un arduo estudio previo, sin que importe demasiado cuáles fueran sus primeras hipótesis (lógicamente abundan los creyentes y aun los que al menos comenzaron siendo religiosos). Mi posición particular sigue abierta. Mi información y análisis crítico me llevan a un punto de vista que en este momento definiría como en unos 2/3 favorable a un sí; con bastantes reservas, que irán apareciendo en esta obra.

⁹ Concretamente en los tres “*sinópticos*”, y en prácticamente ninguna fuente adicional que sirva para aumentar nuestro conocimiento sobre el mismo.

interesa su historia concreta y su contexto vital. Que es biografía e historia (realmente interesante, por cierto). ¿Qué mejor camino para enterrar a Jesús que convertirlo en un Cristo celeste, equivalente –incluso en in/existencia- a sus precursores místéricos?

5. Plan de esta obra.

A lo largo de este trabajo divulgativo abordaré cuestiones esenciales sobre la persona (o personaje) conocida como Jesús de Nazaret y la formación del cristianismo primitivo. Trataré de responderlas, por complejas que sean.

Distinguiré el *mesianismo* al que probablemente se sumó el Jesús que predicaba la “*Buena Nueva*”, que no era otra que la llegada inminente del *Reino* prometido por los profetas. Y ahondaremos en el contenido y significación de ese Reino¹⁰ que buena parte de los judíos esperaban. También en cómo se fue desarrollando el *cristianismo*: qué introdujeron Pablo y la comunidad de Antioquía, los evangelistas, la escuela johánica y los copistas ulteriores.

Lo haré citando esencialmente una serie fuentes que figuran en la bibliografía¹¹, cuyo abordaje personal será, en todo caso, crítico:

¹⁰ Podemos llamarlo *Reino de Dios*, si entendemos “de Yahvé”, en un sentido religioso-nacionalista.

¹¹ De las que destaco las siguientes (en referencia a las que cito más frecuentemente): i) PUENTE OJEA, Gonzalo. *La existencia histórica de Jesús*. Madrid: Siglo XXI, 2008. ii) PIÑERO, Antonio. *Guía para entender el Nuevo Testamento*. Madrid: Ed. Trotta, 2006 (4ª edición, 2011). iii) KLEIN, Fernando. *101 preguntas sobre el cristianismo*. Cádiz: Ed. Absalón, 2010. iv) BORGHINI, Álvaro. *Jesús de Nazaret: el hombre hecho Dios*. Estudio filológico de los Evangelios y primeros escritos cristianos. Madrid: Siglo XXI, 2002. v) DREWS, Arthur: *Le Mythe de Jesus*. Paris, 1926. Versión española “*El mito de Jesús*”. Tántalo editorial, 1988. [Trad. de J. J. Vega] (Biblioteca virtual alfaomega, marzo 2010). Accesible en: www.omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/el-mito-de-jesus.pdf. vi) FAU, Guy. *Le fable de Jésus-Christ*. París: Éditions de l'union rationaliste, 1963. vii) EHRMAN, Bart D. *Jesús no dijo eso*. Los errores y falsificaciones de la Biblia. (Trad. de Luis Noriega). Barcelona: Ed. Ares y Mares, 2006. viii) DOHERTY, Earl. *El rompecabezas de Jesús*. ¿Acaso no hubo Jesús histórico? (Trad. de Hernán Toro). Ottawa: Varios website, p. ej.: http://www.gbasesores.com/colaboraciones/Jesus_puzzle.htm, 1999. Otros autores citados, en especial en sus correspondientes apartados, serán: Luigi Cascioli, Marvin Harris, Fernando Conde Torrens, Robert H. Eisenmann... Su nivel científico y seriedad es desigual, por supuesto; mas la parte que me sería criticable depende de la validez de mi quehacer

No se me escapa que los autores y obras referidos tienen una formación y rigurosidad diversas¹². Suelen considerarse (y estimo que *son*) desigualmente serios¹³. Mi tarea estribará en presentar un resultado digno y objetivo, sin dejar de ser crítico con unos y otros (en este caso, con unos más que con otros).

6. Juicio de situación.

A las preguntas básicas que nos planteamos¹⁴ responden muchos y buenos autores: estudiosos, investigadores (incluidos filólogos, historiadores, críticos textuales, arqueólogos, etc.) y divulgadores.

Digamos que hay un bosquejo de respuesta (historicista) mínima común para dichos autores, aunque cuatro de ellos, probablemente menos relevantes que el resto en el panorama de la exégesis científica, se aparten de ella. Algunos otros, más denostados (F. Carotta, F. Conde Torrens, etc.) lo hacen en mayor grado; no obstante serán abordados en su correspondiente apartado (VII).

divulgativo. Esto es, de su presentación rigurosa, sin ahorrar la crítica de sus defectos, la selección apropiada de textos y su comentario bien formado y razonado.

¹² Para el lector que quiera una buena obra introductoria adicional a ésta, le aconsejo, aparte de las obras repetidamente citadas del profesor A. Piñero y G. Puente Ojea, otras obras divulgativas y de buen nivel como: *El crisol del cristianismo* (Alianza Editorial. Madrid, 1984), obra coordinada por el gran profesor A. J. Toynbee, que incluye colaboraciones de diversas autoridades de nivel mundial en la materia de que se ocupan. Algo más antigua, pero amena y de un buen nivel divulgativo, resulta la añeja *Guía de la Biblia* (Plaza y Janés editores. Barcelona, 1969), de I. Asimov.

¹³ En algún caso, meros divulgadores acrílicos de hipótesis ajenas que no se ocupan de distinguir según su grado de verosimilitud o apoyo entre entendidos. En otros, autores que tienen su tesis, más o menos arriesgada. Cuatro de ellos se tratan en el apartado VII, dedicado a las “hipótesis atrevidas” de F. Conde Torrens, L. Cascioli, R. H. Eisenmann (sólo la parte de su trabajo referida a su hipótesis semicristiana sobre los *Rollos del mar Muerto*) y F. Carotta.

¹⁴ Las recuerdo: ¿Existió Jesús? ¿Cómo fue el Jesús posible/probable: qué hizo, qué dijo, qué defendía o pretendía, en qué creía? ¿Qué sabemos sobre el origen del cristianismo (o de los cristianismos)?

Aun así, cuando bajamos a lo concreto, la respuesta académica a algunas de estas cuestiones dista de ser unánime (como en cualquier ciencia viva, por lo demás), dejando traslucir cierta controversia. Lo que quiere decir que la reconstrucción básica de los hechos no está ultimada. Digamos que, aunque sepamos más que nunca, la respuesta sigue forjándose. Pero, en resumen: 1) la mayoría de las cuestiones ha encontrado un amplio consenso general entre los investigadores; 2) aún falta bastante para llegar a un acuerdo final sobre temas esenciales.

Tal vez muchas resistencias y divergencias se relacionen con el hecho de que, a diferencia de otros estudios críticos de tipo histórico, literario o filológico, éste tiene implicaciones doctrinarias potencialmente conflictivas por afectar a preferencias (posiciones o intereses) religioso-teológicas y socio-psicológicas.

En mi opinión se ha avanzado mucho en el conocimiento de Jesús, de Pablo, de las intenciones de los evangelistas y de sus interpoladores, y de las motivaciones y momentos que alentaron sus respectivos aportes. Los cabos sueltos han de atarse –o, las lagunas, rellenarse- con hipótesis. Los autores de referencia emprenden explicaciones hipotéticas basadas en suposiciones más serias que quienes, menos formados, se adentran decididamente en el campo de lo especulativo, multiplicando la improbabilidad de sus conclusiones. Pero ni los profesores más señeros están libres de elucubraciones discursivas, dentro de *lo plausible*. Trataré de referir las esenciales.

En este campo, en fin, la especulación nos acompañará algo más de lo que sería aceptable en las ciencias naturales. En éstas, por poner un ejemplo, las líneas de filiación filogenética se dejan significativamente en blanco o, a lo sumo, se entrelazan con líneas discontinuas con un interrogante en su centro. En la temática que abordaremos, objeto de estudio mediante métodos histórico-críticos, cabe considerar llamativo el que se haya llegado a conclusiones más unánimes sobre ciertas obras clásicas y movimientos filosóficos o religiosos bastante superponibles a los que me propongo abordar.

Una segunda diferencia que hallo entre estos estudios y los referidos a las ciencias físicas y biológicas es cierto respeto por un conservadurismo que prima, estimo que sin fundamento suficiente, las tesis más antiguas. Esto es, suelen preferirse las respuestas añejas o “clásicas”, por el mero hecho de serlo, aunque haga tantas o más “aguas” que alternativas más recientes.

Entiendo que una tesis debe ser mejorada cuando deja de ofrecer solución suficiente, aunque sobre ella gravite un edificio colosal, no menos lleno de suposiciones que otros vecinos, cuyo derribo afectaría al conjunto de lo teorizado en el ámbito académico más conciliador. Este riesgo potencial de derrumbe de convicciones dependientes de una hipótesis de base es despreciado por una minoría de autores respetados y una mayoría de los no respetados¹⁵. Y viceversa.

Ser “serio” en este campo no consiste tanto en callar situaciones e hipótesis concretas como en esclarecer su respectivo grado de verosimilitud y apoyo entre los entendidos, así como las razones que lo fundamenten, sin ahorrar la crítica. Estimo que ser “científico” es: 1) ser respetuoso con los hechos y datos empíricos, sin primar las propias preferencias ni entablar racionalizaciones interesadas¹⁶; 2) describir el resultado del enfoque lógico-racional de esos datos y confrontarlos con otros semejantes, elaborando enunciados inteligibles que 3) han de ser susceptibles de ser comprobados o *falsados* en su alcance predictivo mediante nuevos estudios y hallazgos (datos o experimentos). Un estudio científico, en suma, ha de ser plural y pluridisciplinar, ser fiel a los datos fácticos, racionalmente impecable, y estar abierto a su crítica y perfeccionamiento.

La presente obra trata de resumir “mucho”, y pretende, al tiempo, ser lo más objetiva, crítica y respetuosa posible con cada tesis comentada. Consignando sus puntos flacos y su situación en el mundillo de los estudiosos. Queda, en cualquier caso, campo para un trabajo divulgativo serio. Una opinión debe, idealmente, estar bien informada y ser racionalmente expuesta: incluir posibles relaciones de causa-efecto; entender el ambiente en que éstos se gestaron y con qué otros relatos compite el que no deja de ser *un relato* más de *supuestos*

¹⁵ Aprovecho para esclarecer que he decidido no incluir a ninguno de la corriente caricaturizada con el nombre de “*conspiranoica*”. Para ser más exactos, cito a unos pocos de ellos, pero en modo alguno en sus temas estrella, o hipótesis merecedoras de ese calificativo. Un par de veces he debido recurrir a alguno por ser –ya es penoso– los únicos divulgadores en español de ciertos autores serios, cuya tesis exponen adecuadamente antes de entrar “a saco”.

¹⁶ Esto es, asumir trampas racionales (olvidos selectivos y selección sesgada de datos o vías de razonamiento) para justificar prejuicios. En suma, regirse por éstos.

hechos. En la medida en que podamos dejar de lado nuestras propias preferencias y prejuicios podremos descubrir la máxima *verdad* posible.

Aunque nuestro marco cultural no deje de ser uno más, con sus propias limitaciones, el *método científico* ha de ir más allá; ser intercultural, iluminar soluciones, insuflar lógica y razón; actitud objetiva, analítica y desinteresada.

Toda vez que halle que una tesis pise terreno resbaladizo que, a mi entender, supere/n otra/s con menor problema, enunciaré esa/s otra/s respuesta/s. Ninguna de las (5) tesis básicas presentadas está libre de dificultades. Sus propios promotores nos ayudarán a buscar soluciones. Estamos a punto de disfrutar del sorprendente y refinado trabajo de varios de ellos. Mi crítica de cualquier tesis no significa que me apunte a lo sustentado “*in toto*” por otra rival que acaso sólo explique mejor algún punto concreto, mientras deja sin explicación consistente otros problemas, cuantitativa o cualitativamente mayores.

En varios momentos (no precoces) de este trabajo expongo mi propia postura (provisional, pues permanece abierta, en espera de nuevos hallazgos).

Afortunadamente, no hay tradición que hoy no se someta a crítica. Cualquier enfoque se ve abiertamente cuestionado; cada estudioso contribuye a generar y desarrollar nuevas tesis explicativas. En otras palabras, estamos ante un campo de investigación científico y, como tal, *vivo* y en crecimiento.

7. Limitaciones personales del autor.

¿Quién estaría autorizado para hablar de esto con conocimiento de causa? ¿Qué hago yo aquí, metido a divulgador? Son los entendidos, los filólogos e historiadores bien formados en varias materias y, en fin, los investigadores honestos (que no temen al resultado objetivo de su trabajo) quienes nos orientarán sobre razones, hipótesis alternativas y su probabilidad respectiva.

No presentaré una conclusión *acabada*, de modo que cada lector podrá asumir la suya, necesariamente provisional. Le servirá, esta somera exposición de historias y tradiciones más o menos admitidas y la explicitación de lo que se consideran *verdades*¹⁷ o consensos mínimos sobre *hechos* plausibles. Esto es, los que una mayoría de estudiosos considere altamente probables.

¹⁷ *Emic* y *etic*, *conductuales* y *mentales*, que diría Marvin Harris.

Cada vez que me atreva a disentir de una explicación oficial, lo explicitaré convenientemente. Sabiendo, por supuesto, que quien “sabe” del tema que me toque abordar es el entendido: el investigador de turno, experto en lenguas originales; el historiador pluridisciplinar ducho en analizar detalles lingüísticos, en descubrir verosimilitudes, inserciones tardías y errores comunes. ¿Quién podría hacerles sombra en su especialidad respectiva? (Y ¿quién lo pretendería?) No podemos sino aprender de ellos.

Sin embargo, en ciertos puntos los autores más relevantes discrepan: lo que piensa el profesor Antonio Piñero, que tiene el buen gusto y buen hacer científico de señalar como meramente hipotético lo que carece de prueba favorable alguna (salvo constituir una hipótesis explicativa válida para él, en tanto no se encuentre otra mejor, para un resultado determinado), no coincide al dedillo con lo que sostiene Álvaro Borghini. Ni este último ha de compartir con Bart D. Ehrman, Gonzalo Puente Ojea o el propio Antonio Piñero, otra cosa que *metodología* científica, y admisión compartida de los *hallazgos* que devienen fruto de un estudio profundo: “fino”, desinteresado y transdisciplinar.

Comparten, sí, *un Jesús no divino*, sino comprensible en términos de *historicidad*. Aun nos muestran que la divinización de Jesús es verificable: puede indagarse en los manuscritos disponibles, bastante tardíos. En estos temas mi aportación se limita a recoger, ordenar y resumir. Ciertamente con algún raro aporte propio. Pero el ingente trabajo divulgativo previo es de otros, especialistas de alto nivel, que nos delatan (y permiten asomarnos a él) un material tardíamente inserto: versículos interpolados, episodios cambiados de contexto o de sentido y, en fin, lo que forma parte del consenso general sobre las frases que pudieron ser originalmente dichas por Jesús, y las que no. Cuando, en cambio, nos dan sus explicaciones respectivas refiriéndose a diversos pormenores exegéticos y su respectivo fundamento, su labor se torna más especulativa y discordante, si bien la explicitación de sus discrepancias pueden contener los aportes más interesantes. Es en este campo opinable en el me pronunciaré especialmente, tratando de respetar fidedignamente la expresión de las tesis y argumentos originales.

El resultado es necesariamente complejo, por integrar enfoques diversos. Mi pretensión, no es otra que sirva de ayuda para que Vd. pueda perfilar un

enfoque personal y fundado: que le sirva para esclarecer las respuestas a las cuestiones concretas que, en relación con el tema, Vd. estime importantes.

Tal vez nunca lleguemos a un enfoque *infallible*. A grandes rasgos, se descubren estratos redaccionales, escuelas y tradiciones. La “historia” que figura en los evangelios es una composición plural y sincrética que mezcló al *Cristo de la fe* con el *Jesús de la historia* (nuestro personaje a descubrir, cuya existencia toca comenzar cuestionando) y fue, además, retocada varias veces, sobre todo entre el siglo II y el IV (y más allá, incluso entrado el siglo VI, en aspectos secundarios, como los relativos a divinizar aún más a Jesús).

Me he propuesto tomar de cada autor abordado su aporte más brillante, incluyendo sus conclusiones junto a su crítica actualizada, con su correspondiente fundamento y los que estime sus “puntos flacos”.

Espero que el resultado sea de su gusto. ¡Comencemos ya!